

El hombre lobo (Angela Carter)

Es un país nórdico; tienen clima frío; tienen corazones fríos.

Frío; tempestad; bestias salvajes en el bosque. Es una vida dura. Sus casas están hechas de troncos; oscuras y llenas de humo en su interior. Siempre habrá una imagen rústica de la virgen detrás de una vela derriéndose, una pata de cerdo colgada curándose, una ristra de hongos secándose. Una cama, una banqueta, una mesa. Vidas pobres, breves y arduas.

Para estos leñadores de tierras altas, el demonio es tan real como tú o como yo. Es más; no nos han visto, ni siquiera saben que existimos, pero al demonio a menudo ellos lo vislumbran en el cementerio, aquellas desoladas y estremecedoras moradas donde las tumbas están marcadas con retratos de los difuntos en estilo naif y no hay flores para poner frente a ellas, ninguna flor crece allí, entonces colocan pequeñas ofrendas votivas, pequeñas hogazas, a veces un pastel que los osos vienen torpemente para arrebatar desde los confines del bosque. A media noche, especialmente en la noche de Walpurgis, el demonio organiza un festín en el cementerio e invita a las brujas; luego desentierran cadáveres recién sepultados y se los comen. Cualquiera puede contártelo.

Ristras de ajo en las puertas alejan a los vampiros. Un niño de ojos azules que nace de nalgas en la víspera de San Juan será clarividente. Cuando descubren a una bruja – una anciana cuyos quesos maduran cuando los de sus vecinas no, alguna otra anciana cuyo gato negro, ¡Ah, cuán siniestro! la sigue todo el tiempo-, ellos desvisten a la vieja bruja, buscan sus marcas, su tercer pezón del cual se alimentan los de su especie. Pronto lo encuentran. Luego la apedrean hasta matarla.

Invierno y clima frío.

Ve a visitar a tu abuela que ha estado enferma. Llévale la torta de avena que he horneado para ella en el hogar y un potecito de manteca.

La niña obediente hace lo que su madre le ordena –una ardua caminata de cinco millas a través del bosque; no te alejes del sendero porque hay osos, jabalíes y lobos hambrientos. Toma, llévate el cuchillo de caza de tu padre; ya sabes como usarlo.

La niña llevaba puesto un saco roñoso de piel de oveja para protegerse del frío, conocía el bosque demasiado bien como para temerle, pero siempre debía estar alerta. Cuando escuchó aquel aullido escalofriante del lobo, dejó caer sus regalos, tomó su cuchillo y enfrentó a la bestia.

Era enorme, con ojos rojos y morro grisáceo y babeante; cualquiera se habría muerto de miedo al verlo, excepto la hija de un montañés. Se abalanzó sobre el cuello de la niña, como lo hacen los lobos, pero ella le dio un gran revés con el cuchillo de su padre y le cercenó de cuajo la pata delantera derecha.

El lobo dejó escapar un resuello, casi un quejido, cuando vio lo que le había pasado; los lobos son menos valientes de lo que parecen. Se fue cojeando desconsoladamente entre los árboles como pudo en tres patas, dejando un rastro de sangre tras él. La niña limpió la hoja del cuchillo con su delantal, envolvió la pata del lobo en el paño en el que su madre había envuelto la torta de avena y continuó su camino hacia la casa de su abuela. Pronto comenzó a nevar tan copiosamente que el sendero y cualquier pisada, rastro o huella que hubiera sobre este desaparecieron.